

SERMON

PARA EL DIA

DE TODOS LOS SANTOS.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt, et unde venerunt? Et dixit mihi: hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna.

Estos que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?... Y me dijo: estos son los que han venido por medio de una grande tribulacion.

Apoc. c. 7. v. 14.

Señores; no puede estar mas claro y terminante el oráculo divino, ni mas conocida y expresa la intencion de la iglesia, celebrando hoy la festividad de todos los santos. En un punto quiere esta santa madre reunir los méritos de todos sus hijos y poner en íntima relacion todos sus miembros: los de la iglesia triunfante presentándonos su gloria y señalándonos el camino por donde á ella subieron; los de la purgante diciéndonos sus penas y excitando nuestra compasion por ellos; y los de la militante, que somos nosotros, celebrando á aquellos y pidiendo su proteccion; doliéndonos con estos, enjugando sus lágrimas y mitigando sus aflicciones con nuestros sufragios. Hé aquí la economía divina de la santa iglesia; hé aquí un grande pensamiento, que solo le ha podido ser inspirado por el espíritu de la Sabiduría divina, que siempre la dirige y preside.

A nuestra vista despliega hoy aquel magnífico lienzo que vió san Juan, y nos refiere en el lugar citado del Apocalipsis. Aquella hermosísima pintura de la gloria hecha ante sus ojos por el pincel del mismo Dios, ó mas bien realidad descubierta misericordiosamente para su premio y encanto, y para utilidad y estímulo de los fieles, cuando elevándolo el Señor fuera de sus

sentidos y mas allá de la comun inteligencia, describió el velo misterioso que oculta á los ojos mortales el *Sancta Sanctorum* verdadero y real, donde habita el Excelso rodeado de todos los asistentes, grandes dignatarios, amigos y cortesanos del cielo, con mayor ostentacion y grandeza que todos los soberanos de la tierra juntos; y en tanta y tan sublime y resplandeciente gloria, que ningun ojo humano la pudiera ver ni soportar.

¿Veis ese astro luminoso en medio del universo, colgado del cordon de la omnipotencia, y que da vida y salud á toda la naturaleza? ¿Veis ese otro que recibe agradecido, cual dependiente doméstico, una parte de sus resplandores para esclarecer el turbion de la noche? ¿Veis ese sin número de antorchas que solo Dios cuenta y sabe llamar á cada una por su nombre? ¿Veis esa tachonada atmósfera vestida de azul tan encantador, tan sublime y poético? Pues esas son todas las galas y adornos que podemos ver de la exterior portada del palacio celestial. Su estructura, su magnificencia interior, las galas, officios y órden de sus moradores, nos lo va describiendo todo por menor el mismo apóstol profeta. Ciento cuarenta y cuatro mil señalados de entre todas las tribus de Israel, á quienes no es dado herir ni dañar, vió allí san Juan, ademas de los coros de ángeles y de otra gran trópa que nadie podia contar, compuesta de todos los pueblos, lenguas, tribus y naciones, todos en pié ante el trono y en presencia del Cordero, cubiertos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos, clamando todos: «Salud á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero: y todos los ángeles estaban en derredor del trono, y de los veinte y cuatro ancianos y de los cuatro animales simbólicos; y todos cayeron sobre sus rostros ante el trono, y adoraron á Dios: bendiccion, y claridad y sabiduría, y accion de gracias, honor y virtud y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amen.»

Y sigue san Juan refiriendo su vision, y dice que uno de los ancianos le hizo entender que aquellos que se hallaban vestidos de estolas blancas, habian venido de una grande tribulacion, y lavado sus estolas y blanqueádas en la sangre del Cordero: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna.*

Pero quiénes son estos? Ah! Hermanos nuestros, hijos del mismo padre Adan pecador, formados del mismo barro, y vestidos de las mismas pasiones y miserias que nosotros. ¿Pues

qué, pensabais que no? ¿los teniais por descendientes y bajados del tercer cielo, habitantes en otra region mas pura, rodeados de ménos peligros, enriquecidos con otros privilegios, sostenidos con otras gracias, y alistados en otras banderas? Pues no. Os engañabais. Hijos de Adan pecador y pecadores, ellos tuvieron que pelear una buena pelea, como el Apóstol, y que llevar en su carne las mortificaciones del Salvador. Pero fueron pobres de espíritu, y humildes, pacíficos, misericordiosos y puros, lloraron en este mundo, tuvieron hambre y sed de justicia, y fueron perseguidos: en una palabra, los santos salieron del mundo para enseñar al mundo el camino del cielo.

A todos ellos se dirige y consagra la presente festividad, y á todos nosotros se nos ofrece y presenta su ejemplo y proteccion. Esta sublime idea de la santa iglesia es un gran consuelo para sus fieles hijos, porque viendo á sus hermanos en tan alto grado de gloria, se estimulan á imitarlos, y cuando se desalientan por las dificultades que al parecer ofrece la virtud perfecta, se animan con la esperanza de ser auxiliados por los que les dan el ejemplo. En una palabra, nos propone hoy la Iglesia: 1.º La imitacion de los santos; 2.º La proteccion de los santos.

Virgen purísima, Madre de Dios, reina de todos los santos, tú fuiste para todos la perpetua abogada y protectora durante la peregrinacion del mundo: pide hoy por nosotros ante el tribunal de la gracia como nuestra patrona y madre: alcánzame á mí la que necesito para alentar á los cristianos en la imitacion de los santos, miéntras te saludamos con reverencia y filial ternura. *Ave Maria.*

Si explanamos hoy nosotros las grandes ideas que concibe la iglesia para celebrar la festividad de los santos, habremos entrado completamente en sus intenciones y comprendido bien los términos en que nos dan y suministran ellos sus heroicos ejemplos. La iglesia ha creído con toda exactitud que no podia llenar mejor su intento, sino tomando del Evangelio las lecciones luminosas y divinas que el Salvador se dignó dar á sus discípulos, cuando en aquel sublime sermón del monte habló con todos y les manifestó clara y terminantemente los medios y caminos que hay en su santa ley trazados para subir á la pose-

sion de la bienaventuranza, exponiéndolos con tan elocuente sencillez, que desde luego quedaban al alcance de los mas rudos. Detengámonos en su inteligencia y explicacion primero, y apliquémoslos despues á las diversas jerarquías de los justos; y veremos si acaso es para nosotros mas difícil la empresa que lo fué para ellos.

Ya se sabe por el oráculo divino y por la razon que ninguno puede servir á un tiempo á dos señores, y que por lo mismo es imposible servir á Dios y al mundo á la vez; así pues, el que aspira al servicio de Dios y á conseguir su gloria, debe renunciar de hecho y de corazon todo lo que el mundo tiene de mas halagüeño y encantador; y no poseyendo nada, por lo ménos en su corazon y afecto, se podrá decir que es realmente pobre de espíritu. A este es á quien se le señala por premio el reino de los cielos, que es el complemento de la santidad; y se le señala ántes que á los otros, porque á decir verdad, su alma siempre fué de Dios y solo de Dios. A este desprendimiento va unida precisamente la humildad que, segun el padre san Agustín, es el sólido cimiento de todas las virtudes, y con ella se enlaza y hermana en indisoluble vínculo la mansedumbre y paz del corazon, que tranquilo y contento con el servicio de Dios, por nada se afana y en nada se envanece, porque todo lo desprecia, empezando por sí mismo. El que llega á este estado, puede creer sin vanidad que ha llegado á la perfecta imitacion de Cristo; puesto que este Señor lo que quiere que aprendamos de su escuela es la práctica de estas virtudes: *aprended de mí, dice, que soy manso y humilde de corazon.* A estos promete el Señor, en segundo lugar, la bienaventuranza, diciendo que poseerán la tierra prometida, esto es, la gloria. *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum:* bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, dice Jesucristo, lo primero; y luego inmediatamente añade: bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Pasa adelante el Salvador en su inefable doctrina y dice: bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.* ¿Y quiénes son estos? indudablemente los pobres de espíritu y los humildes, á quienes el mundo desprecia y tiene en nada; porque ellos á su

vez tambien desprecian y tienen en ménos todo lo que el mundo posee y puede dar á sus amadores. Sus deseos únicos, sus anhelos todos son por la virtud sólida, por la salvacion, por su Dios; y de aquí sale otra categoría y rango de justos, que el Salvador señala. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. ¿Y en dónde? En la morada de la justicia, en donde solo esta mora y habita; en la gloria. *Beati qui esuriunt, et sitiunt justitiam, quoniam saturabuntur.*

Sin embargo del desprendimiento de las cosas del mundo y su desprecio, que caracteriza á los dos primeros rangos, y el deseo y ansia por las del cielo, que señala á los dos segundos, hay otros que, si bien vuelven la cara hácia el cielo y desdeñan las cosas de la tierra, no por eso dejan de mirar á las personas, á las almas de sus prójimos y hermanos, que están en ella para compadecerlos y tratarlos con indulgencia, compasion y misericordia: de estos dice tambien Jesucristo, que son bienaventurados, y que alcanzarán misericordia: *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.*

Unida y como identificada con esta virtud está la sencillez y pureza del corazon, porque ¿quién mas puro y sencillo, quién mas candoroso y angelical que aquel que teniendo su espíritu adherido á Dios y separado del mundo, de ese mundo fatal que le desdeña y aun persigue, todavía se compadece de él y le hace bien? Esto es, cristianos, lo mas sublime y encantador que tiene la virtud: por esto les llama el Salvador bienaventurados, y les promete en recompensa que ellos han de ver á Dios: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios, sigue Jesucristo. *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.* ¿Y cómo no? Nuestro Dios es el Dios de la paz, y no solo son sus hijos necesariamente los pacíficos, sino que lo son solamente ellos y no otros. La disension, la discordia y la guerra son propiedad exclusiva de los hijos de Belial; los hijos de Dios tienen por patrimonio la paz, el sosiego y el reposo del alma, que nada desea, ni quiere, ni ambiciona, sino á Dios.

Pero como el mundo es siempre enemigo de la virtud verdadera, como esta le reprende mudamente sus necedades, sus

vicios, sus locuras y desórdenes, él está de continuo en actitud hostil contra la misma virtud y contra los que la siguen y practican; y hé aquí la última categoría y clase de justos, á quienes anuncia el Salvador la bienaventuranza. *Beati qui persecutionem patiuntur propter justitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum:* bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Y ved aquí tambien caracterizados los santos en el Evangelio y por la divina palabra de Jesucristo, en los mismos términos que lo hizo el ángel á san Juan en el Apocalipsis, segun yo lo presenté al principio: *hi sunt qui venerunt de tribulatione magna.*

En una palabra, los santos son pobres, humildes, mansos, tristes y llorosos en el mundo; pero compasivos, misericordiosos, sencillos, puros de corazon y pacíficos, siempre perseguidos y desechados del mundo, con cuyos vicios contrastan su vida y sus virtudes. ¿Y qué, no los estais viendo? No oís lo que de ellos canta hoy la iglesia? Los que abandonaron el mundo, sus riquezas y halagos, y cuanto él ofrece, por encerrarse en un claustro, retirarse á un desierto, y allí gemir bajo los rigores de la austeridad y penitencia, quedándose pobres, aunque eran ricos; los anacoretas, los cenobitas de que en algunos siglos se poblaron los desiertos ¿no reciben ahora el premio de su pobreza, el engrandecimiento de su humildad, la corona de su mansedumbre, el consuelo de sus lágrimas en la gloria y alegría eterna de su Dios? Los ilustres confesores de Cristo, que fueron tan firmes en su fe y tan generosos de su propia sangre, que la derramaron en los tormentos y martirios, despues de haber andado de mil modos perseguidos, ¿no los veis ahora disfrutando el reino de los cielos que se les habia prometido? Las delicadas vírgenes, siempre retiradas, siempre en oracion y vela de su tesoro, siempre en guardia de sus sentidos, siempre dispuestas, esperando al Esposo celestial, venciendo al demonio, luchando con el mundo y las pasiones y triunfando de sí mismas, ¿no gozan ya de la vision de Dios, que es el galardón ofrecido á la pureza? Los pastores de las almas, que compadecidos de las ajenas miserias, se afanaron por ganarlas, los que repartieron sus bienes á los indigentes, los que aun humillados, perseguidos y llenos de ultrajes perdonaron, hicieron siempre bien y nunca mal, ¿no gozan ya

en la gloria el consuelo y la felicidad que aquí dispensaron á otros?

¿Pues acaso quiénes son los santos? ¿De dónde han venido, ó por mejor decir, desde dónde subieron al cielo? De aquí indudablemente, de entre nosotros, de este mundo. Los confesores, los mártires, las vírgenes, los anacoretas, los santos todos fueron como nosotros, hijos de Adán, llevaron nuestra carne, sufrieron nuestras fatigas y miserias, y tuvieron que pelear con los mismos enemigos y que vencer las mismas pasiones que nosotros. El mismo libro sagrado del Apocalipsis y el mismo san Juan que vió la vision de la gloria nos dicen, que aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban la señal del Cordero se habian reunido de todas las tribus de los hijos de Israel. Y si no, ¿no sabeis que hasta nuestros nombres son los de ellos, nuestros oficios y destinos los que ejercieron y desempeñaron, nuestros pueblos donde nacieron y nuestras casas en que habitaron? Pues bien, señores; si de entre nosotros salieron los santos para ir al cielo, si de todos los reinos y naciones los hay, si todos los estados, clases, edades y condiciones los tienen, y si hoy en fin se nos presentan ellos y sus virtudes se nos recuerdan, y sus méritos se nos ofrecen, ¿cuál será nuestro deber? ¿Cuál la leccion que aprendamos? No otra que la imitacion de sus virtudes. Ellos no hicieron otra cosa que observar puntualmente el Evangelio; si le observamos tambien nosotros, indudablemente seremos santos como ellos.

Quando se trata en el mundo de acciones heróicas, de aprender una ciencia ó un arte cualquiera, la resolucion mas animosa y valiente del amor propio, en lugar de acobardar, estimula á los hombres á que se esfuerzen sobre sí mismos para igualar á los otros, diciendo: « esto ó aquello ¿lo hace un hombre? Pues ¿por qué no lo he de hacer yo? » Lo mismo ni mas ni ménos es lo que exige de nosotros la imitacion de los santos. Y puesto que entre ellos hubo algunos que fueron pecadores ántes, hasta el exceso y el escándalo, y despues penitentes hasta el asombro, como un san Pablo, un san Agustin y una Magdalena, no debe acobardar á nadie su vida pasada, si la enmienda como estos, y repara con usuras sus quiebras. ¿Por qué no podré yo hacer lo que estas y estos? Hé aquí, cristianos, la estimulante pregunta que os debeis dirigir á vosotros mismos,

quando reflexioneis sobre las virtudes de los santos y sobre la necesidad de imitarlos. Si las vírgenes del Señor guardaron sus sentidos con cien candados para que no entrase por ellos la corrupcion á su alma, si mortificaron su carne y castigaron su cuerpo hasta reducirlo á servidumbre, como el Apóstol, para que no se rebelase contra el espíritu, ¿por qué no podremos nosotros hacer lo mismo y seremos vírgenes? Si los anacoretas dejaron al mundo, se fueron al desierto para seguir á Jesucristo, ¿por qué no podremos dejarlo tambien nosotros? Si los confesores y mártires no temieron los tormentos, y dieron su vida generosamente ántes que faltar á los deberes de cristianos, en llegando el dia de la prueba, ¿hay razon para que no los imitemos nosotros? ¿Queremos llegar á la gloria que ellos? Pues no es otro el camino que el de imitarlos, dice san Agustin. El mismo Jesucristo, dice este santo Padre, fué el que ademas de exhortar á los mártires con su divina palabra, los afirmó tambien con su ejemplo. Nosotros pues tenemos uno y otro, el de Jesucristo y el de los santos: no hay mas remedio que imitarlos, y entónces santos seremos.

Pero aun tenemos todavía en nuestro favor y para conseguirlo otro auxilio que nos ayude y dé fortaleza; este es el de la proteccion de los mismos santos, que es el segundo motivo de la presente festividad, y el objeto asimismo de mi

SEGUNDA PARTE.

Dije al principio, señores, que la santa iglesia, estableciendo la solemnidad de este dia, quiso dar á sus hijos la idea grande y sublime de la divina sociedad á que pertenecen, presentando bajo un solo punto de vista toda la misma iglesia íntimamente enlazada por los dulces vínculos de la caridad. En relacion pues estamos los de la iglesia militante con los de la paciente, puesto que Dios acepta y recibe á favor y en beneficio de ellos las obras buenas que nosotros hacemos: en relacion tambien estamos con los de la triunfante, porque Dios se compadece de nuestras miserias y desgracias, por sus méritos, su intercesion y sus ruegos; y los del purgatorio vice-versa están en relacion con nosotros ahora para recibir auxilios, y mañana lo estarán para pagárnoslos como obra de gratitud y de justicia; y los de la gloria en fin tambien están con nosotros en comunión reci-

proca, porque pagan la devocion y afecto que les tenemos con su liberal y benéfica proteccion. Hasta el mismo Jesucristo, que es la cabeza invisible de todo el cuerpo de la iglesia, pide y supplica incesantemente al Padre, con gemidos inenarrables, por nosotros: estas proposiciones son otras tantas verdades y dogmas de fe católica, expresos en las santas Escrituras, transmitidos uniformemente por los padres y la tradicion, y enseñados y decididos en los concilios. Verdades! Pero ¡qué sublimes, qué importantes, qué consoladoras! ¡Quién desconfiará ya de ser santo con tantos y tales intercesores!

¡Oh religion católica! ¡oh religion santa de Jesucristo! ¡oh religion divina! solo tú eres la que ha proporcionado á los mortales tantas ventajas; la esperanza consoladora de ser algun dia ciudadanos del cielo, domésticos de Dios, y compañeros de los santos; y ahora en la vida presente ser ayudados de sus méritos, consolados con su proteccion y escudados con su defensa. ¿Qué tenemos ya que temer bajo el amparo de tales y tantos protectores, dice san Bernardo? Ellos saben los peligros que nos cercan, los obstáculos que se nos oponen, los enemigos que nos persiguen para retardar é impedir que entremos en el camino de la gloria: porque saben quiénes fueron los que se lo impedian á ellos; y siendo tan poderosos y teniendo ante Dios tanto valimiento y gracia, es indudable que nos alcanzarán la victoria de todos. ¿Es posible dudar de su solicitud y de su distinguido amor hácia nosotros? Los que durante su vida mortal se ocuparon tanto en la salvacion de las almas, los que velaron noche y dia por apacentar el rebaño de Cristo con sus doctrinas y ejemplos, ¿no cuidarán en el cielo de procurarles auxilios, armas y valor para el vencimiento de sus enemigos? No lo dudeis, cristianos; los santos son nuestros amigos, nuestros hermanos, y nadie como ellos se interesa en nuestro bien.

Pero aun hay otra reflexion que hacer para asegurarnos de su proteccion indudable y poderosa. El dogma católico de la comunión de los santos es el apoyo mas firme de esta proteccion. La iglesia cree y enseña á creer que aun en esta vida participan los fieles de las buenas obras que hacen sus hermanos, y que entre todos hay una comunicacion íntima y recíproca de méritos y de gracias contraídas ante Dios: pues bien, sube de punto y crece inmensamente esta participacion, cuando ya los que adquieren las gracias están libres de toda imperfeccion, de

todo peligro de pecar y desmerecer por una parte, y por otra no necesitan nada para sí, porque ya gozan y poseen el sumo bien, y están en el caso de cederlo á nosotros: con que, cristianos, sabed que los santos son validos de Dios, piden gracias al Señor, las obtienen, no las necesitan; luego son para nosotros.

Hay mas todavía. Enseñan los padres de la iglesia y los teólogos católicos, que el Señor concede en el cielo á los santos, como parte de su gloria accidental, el que vean y sepan el estado de los suyos en este mundo para que le pidan por ellos; pues el Señor quiere ser rogado. El sumo Pontífice ve desde la gloria el estado de la iglesia, el rey el de su reino, el padre el de su familia, el superior el de sus súbditos, y en fin cada cual el de aquellos que le pertenecen. Tan virtuosos, tan justos, tan caritativos como son, ni siquiera necesitan que les advirtamos en nuestras necesidades para pedir á Dios por nosotros y para nosotros el remedio; ¿y no pedirán y no conseguirán el mayor bien que necesitamos y nos interesa, que es el de nuestra salvacion, y el de que llegemos á acompañarlos allí, como ellos nos acompañaron en este mundo? Oh! No!

La santa iglesia es justamente esto lo que se propone en la festividad de este dia: los santos salieron del mundo como saldremos nosotros; vencieron al mundo como le podemos vencer nosotros, y fueron santos como lo seremos nosotros con su imitacion y su proteccion. Cada cual en su estado y en su clase debe proponerse por modelos para imitar y para protectores que invocar á aquellos santos que estuvieron en el mismo; que anduvieron igual camino y fueron rodeados de las mismas circunstancias, de los mismos bienes y de los mismos males; procuren hacer lo que ellos hicieron. No desconfíe, no dude, no tema; invóquelos, pídales y gane su proteccion con piedad y cariñosa devocion.

Sobre todo, cristianos, imitad, invocad, pedid y tened devocion á la Reina de todos los santos, para que nos proteja en la vida, nos ayude en la muerte y defienda en el juicio de Dios: *Regina sanctorum omnium, ora pro nobis*. Y con su proteccion el Redentor de los hombres será el que nos haga á todos santos y nos corone de gloria en la eternidad. Amen.